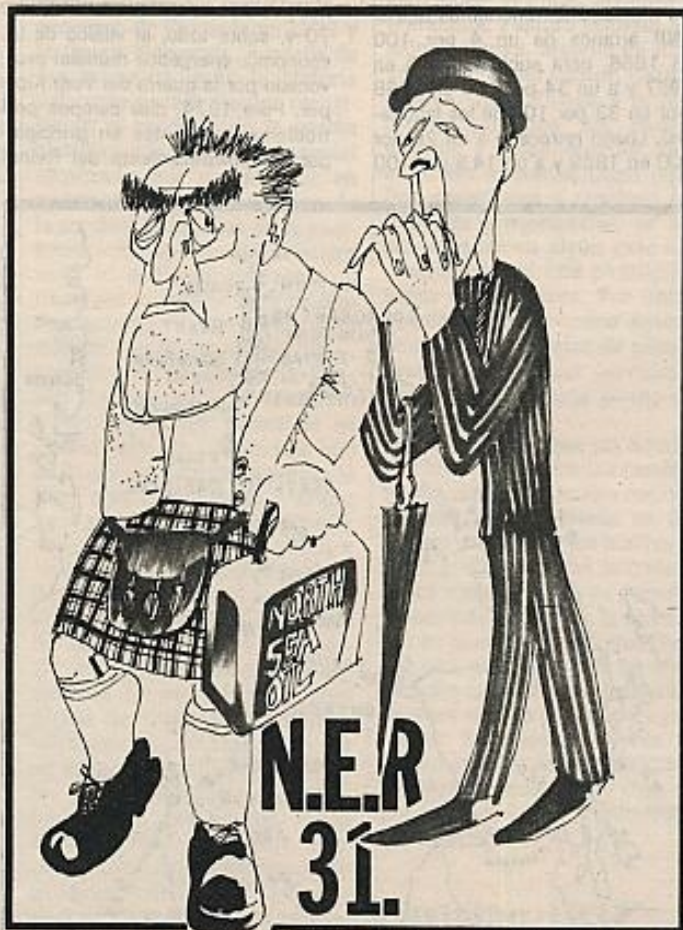


# El nacionalismo en Escocia

Las previsiones técnicas del Ministerio de Energía no pueden ser más optimistas: para el año próximo, el petróleo extraído de los yacimientos del Mar del Norte cubrirá un tercio de las necesidades británicas y antes de la nueva década, en 1980, la cobertura será total, quedando incluso un excedente para la exportación. Las repercusiones económicas de estas perspectivas se han hecho ya sentir, con la política laborista de endeudamiento exterior destinada a salvar la distancia que separa el declive de los últimos años y la nueva época de prosperidad que la autarquía energética hace presumir a los responsables de la economía en el Reino Unido.

No obstante, existe el riesgo de que en el plano político las consecuencias del petróleo no sean tan positivas. De hecho, el hallazgo ha venido a interferir decisivamente en el proceso de reestructuración interior del Reino Unido que se había iniciado en 1969 con la designación de una Comisión Real de Asuntos Constitucionales encargada de replantear la posición de Escocia y Gales en el sistema constitucional británico. Hay que recordar que Gran Bretaña es una monarquía de agregación, formada entre los siglos XIII y XIX por un lento proceso de incorporación al núcleo inglés de Gales e Irlanda, culminado con la fusión escocesa en dos tiempos (unión personal de Coronas en 1603 y unificación de Parlamentos en 1707) y con la supresión en 1800 del Parlamento de Irlanda. Hasta esta última década solamente la larguísima crisis de la independencia irlandesa había puesto en cuestión el sistema. Escocia y Gales disfrutaban de cierto grado de autonomía administrativa, con un secretario de Estado propio (para Escocia, desde 1885, y para Gales, desde 1964) y una serie de instituciones dependiente del mismo (Oficina de Asuntos Escoceses, dos procuradores generales). En el caso de Escocia sobrevivía por añadidura un sistema jurídico propio, de cuya integridad era responsable el Gran Comité para Escocia, compuesto por diputados escoceses en los Comunes de Londres. El relativo auge de los nacionalismos escocés y galés en los 60, con la nueva crisis en Irlanda del Norte, hicieron aconsejable una extensión del autogobierno a ambas áreas. Pero hasta que el petróleo vino a trastocar los datos, nadie dudaba de que la operación tendría un simple sentido descentralizador.



Inglaterra ruega a Escocia que no la abandone llevándose el petróleo. ("New Edinburgh Review", febrero 1976).

## Un libro blanco muy discutido

El contenido de las reformas se irá decantando en sucesivas etapas a partir del momento en que concluye sus trabajos la Comisión Kilbrandon, en octubre de 1973, por las mismas fechas en que la guerra

arabe-israelí alteraba todos los datos del mercado mundial de petróleo, impulsando en flecha la importancia de los yacimientos del Mar del Norte. Indirectamente, éste será el factor de aceleración política en lo sucesivo.

En el informe de lord Kilbrandon se anuncian ya algunos rasgos de las propuestas ulteriores del Gobierno: el rechazo radical de separatismo y federalismo, la conveniencia de establecer asambleas con atribuciones legislativas limita-

das en Escocia y Gales y, por último, un grado considerable de indeterminación al fijar el alcance económico y político del autogobierno. De ahí que en el verano del 74 el Gobierno laborista de Wilson optase por publicar un documento informativo que sirviera de base a una serie de consultas, encuestas y discusiones. Gracias a ello se pudo

comprobar una vez más que el sentimiento nacional tenía un arraigo mayor en Escocia que en Gales. En julio del mismo año, el Consejo Ejecutivo Nacional del Partido Laborista optaba por llevar adelante la devolución, ante consideraciones puramente electorales; perdería trece escaños en Escocia según una encuesta, de no obrar así. Y en septiembre de 1974, poco antes de las nuevas elecciones, Wilson presentó al Parlamento un libro blanco — "Democracia y devo-

lución. Propuestas para Escocia y Gales" — que fijaba las líneas maestras para la devolución de poderes.

La unidad económica y política del Reino Unido seguía siendo la clave de la reforma, apoyándose en la exigencia de mantener un potencial económico en el marco internacional y de asegurar una gestión centralizada de la economía que garantizase una distribución de recursos equitativa. En la misma línea se moverán, un año más tarde, las propuestas concretas contenidas en un nuevo Libro Blanco — "Nuestra cambiante democracia. La devolución (de poderes) a Escocia y Gales" — que habla de servir a su vez de esbozo al proyecto de Ley presentado en noviembre último al Parlamento. Se trata siempre de alcanzar un punto medio: "lograr una distribución de responsabilidades entre Westminster y las administraciones objeto de la devolución, sólida y estable".

En la práctica, el rechazo de la forma federal lleva a contemplar inicialmente la "devolución" como una delegación de funciones por parte del Gobierno y del Parlamento de Londres, reproduciendo a un nivel intermedio los esquemas de funcionamiento del "self-government" local. Se concibe el Estado como un organismo puesto al servicio de las necesidades colectivas que, por consiguiente, no debe ser privado de sus medios de acción: "Los pueblos de Escocia y Gales — advierten los redactores de "Our changing democracy" — se beneficiarán, dentro de un Estado unitario más amplio, de la posesión de sus propias asambleas, entregadas a la protección de su cultura y tradiciones, y a la satisfacción de sus necesidades del modo que lo deseen. El Reino Unido seguirá siendo un único Estado; las administraciones escocesa y galesa no tendrán una autoridad separada en las relaciones internacionales. El Parlamento continuará siendo soberano en última instancia para todos los asuntos, devueltos o no, y seguirá incluyendo el complemento actual de representantes escoceses y galeses. La economía del Reino Unido seguirá siendo administrada como una sola unidad, a la que contribuirán todos mediante el sistema de impuestos, de acuerdo con sus recursos y para beneficio de todos en general" (1). Vista desde esta perspectiva la devolución, era lógico que las propuestas

(1) Our Changing Democracy. Devolution to Scotland and Wales. Londres, 1975, en especial págs. 4-7.

## Antonio Elorza



# El nacionalismo

asambleas legislativas de Escocia y Gales se encontraron en el proyecto abiertamente subordinadas al Parlamento de Londres y que, incluso en el caso escocés, el previsto Consejo Ejecutivo (inexistente para Gales) tuviera un ámbito de atribuciones que venía a coincidir con el anterior secretario de Estado. Claro que, en la práctica, su figura tendría mayor relieve al responder normalmente (sic) a la mayoría de la Asamblea escocesa. Pero el Gobierno y el Parlamento británico ven en todo momento conservada su preeminencia sobre las instituciones recuperadas en "la devolución" (2). Y los poderes de veto conferidos al secretario de Estado hacían de éste una figura poco simpática, comparable en todo al virrey del sistema colonial.

Significativamente, el Libro Blanco hace especial hincapié en el tema del petróleo: "Quienes desean reservar para Escocia el petróleo o cualesquiera otras fuentes de ingreso que surjan allí, lo que solicitan es un Estado escocés separado. No cabe la cuadratura del círculo: no es posible para Escocia —o para cualquier otra parte del Reino Unido— disfrutar de derechos que sólo pueden acompañar al separatismo, sin tener el propio separatismo".

La oposición radical de los nacionalistas escoceses estaba con esto asegurada. Pero incluso los comentaristas más benévolos argumentaban que, ante lo restringido de las atribuciones conferidas a las Asambleas escocesa y galesa, las mismas habían de significar, no un límite a la centralización, sino un poder que había de establecerse a costa del autogobierno municipal. En todo caso, quedaba la defraudación de las aspiraciones escocesas a una mayor autonomía en el orden económico.

## Escocia como problema

La clave política del problema reside, pues, en el nacionalismo escocés. Ha sido la suya en los últimos diez años una cambiante historia en la que han influido factores políticos (el desgaste de los partidos turnantes, la escasa preparación del Partido Nacional Escocés, [SNP], en los 60), pero sobre todo económicos. El tema cultural ha

(2) He desarrollado con mayor amplitud el tema de las atribuciones de las Asambleas y el Ejecutivo previstos, en mi artículo "Descentralización y nacionalismo: el ejemplo británico de la devolución de poderes a Escocia y Gales", *Berriak*, núm. 15. Una crítica ponderada del Libro Blanco puede verse en el número monográfico de la *New Edinburgh Review* sobre la devolución (núm. 31, febrero de 1976). Asimismo, los artículos James G. Kellas, John MacIntyre, y la polémica Smallwood-Mackay sobre la viabilidad de la independencia, en el libro colectivo *Our Changing Scotland*; Edimburgo, 1976. Este último libro contiene además una extensa bibliografía centrada en los debates de los últimos meses.

permanecido en la sombra, sirviendo más bien como indicador de la intensidad del sentimiento nacionalista: por ejemplo, con la recuperación del gaélico como lengua viva, que denotan las estadísticas de comienzos de nuestra década.

En realidad, la economía ha sido el resorte del cambio. De otro modo no podría entenderse la evolución de los votos nacionalistas en las consultas electorales de los diez últimos años. Tomando sólo las municipales tendríamos que el SNP arranca de un 4 por 100 en 1966, para subir a un 18 en 1967 y a un 34 por 100 en 1968 (por un 33 por 100 de los laboristas). Luego retrocede a un 26 por 100 en 1969 y a un 14,5 por 100

pasajero renace, y en las elecciones parlamentarias de octubre de 1974 los nacionalistas escoceses logran once escaños, con un 31 por 100 de los sufragios. Las perspectivas a fines de 1976 parecen aún mejores, con el desgaste y la escisión de los hegemónicos laboristas y los sondeos que arrojan un 43 por 100 de escoceses dispuestos a asumir la independencia.

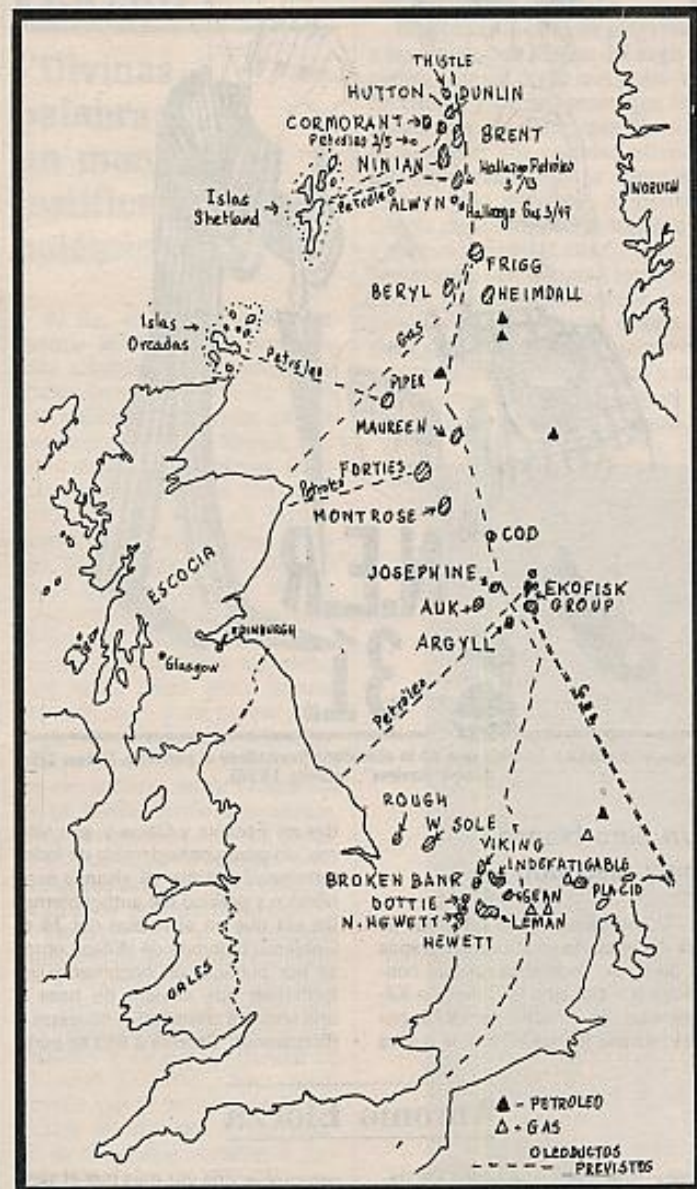
Sin duda, este nuevo auge se ha debido al éxito de las prospecciones petrolíferas en los inicios de los 70 y, sobre todo, al vuelco de la economía energética mundial provocado por la guerra del Yom Kippur. Para 1974, diez campos petrolíferos, suficientes en principio para el abastecimiento del Reino

el petróleo de Escocia". "El descubrimiento y la explotación del petróleo cambiaron los argumentos sobre la devolución —escribe un comentarista escocés—. Transformaron, asimismo, al Nordeste de Escocia en un área de expansión y a Edimburgo, de una semicapital de provincia en un centro financiero internacional. Las partes realmente deprimidas de Escocia ganaron muy poco, si es que ganaron algo, con el "boom" del petróleo. Pero sus efectos sobre la psicología, la economía y la política del país tardaron algún tiempo en darse a conocer" (3). Por añadidura, el sentimiento progresista encontraba un argumento complementario en apoyo de la conciencia diferencial: la posición desfavorable de Escocia en el sistema económico británico. Por un lado, las cuantiosas sumas gastadas en asistencia regional por los Gobiernos de Londres no pudieron impedir que las viejas áreas industriales escocesas acentuasen su atraso respecto a los focos prósperos de las Midlands y del Sudeste de Inglaterra. Y, por otro, aun en las zonas industrializadas como Glasgow, el "capitalismo nacional" escocés fue quedando cada vez más en posición minoritaria respecto al control exterior, británico o norteamericano. Surgía la base para una argumentación socialista que identificara la defensa de Escocia con la lucha contra el poder de las multinacionales.

La trayectoria irregular del SNP en la última década responde también a las propias vacilaciones de un nacionalismo conservador, que hasta la fecha no ha sabido aprovechar el enorme espacio político abierto por la inconsecuencia de conservadores y laboristas, acostumbrados a tratar a Escocia como una reserva electoral desde la que alcanzar los diputados necesarios para una mayoría en el Parlamento de Londres (4). Hasta 1964, los torios ni siquiera se dignaron darse una organización estable en Escocia, limitándose a conseguir unos escaños logrados en su mayoría aprovechando sistemas de clientela. En cuanto al Labour, su problema residía en sostener una cómoda hegemonía, con porcentajes próximos al 50 por 100: propósito que le ha llevado a actuar según un estricto oportunismo, y de ahí que las tomas de posición ante la "devolución" respondieran antes que nada a consideraciones tácticas de cara a las elecciones, sobre la ambigua base de favorecer el autogobierno escocés y la unidad del RU al mismo tiempo. Para complicar aún más las cosas, la última elección parlamentaria demostró nuevamente la necesidad que tiene el laborismo de conservar los votos es-

(3) H. M. Drucker: "Pedigree for the White Paper", *The New Edinburgh Review*, 31, 1976, pág. 5.

(4) Ver James G. Kellas: *The Scottish Political System*; 2.ª ed., Cambridge, 1975.



Yacimientos de petróleo en el mar del Norte, 1973. ("The Scottish Socialist", diciembre 76-enero 77).

en 1970. El razonamiento de los economistas actuaba en el mismo sentido: la pobreza de Escocia la condenaba, como a Irlanda del Norte, a depender de los subsidios del Gobierno central; su independencia sólo traería la miseria. Más tarde, el "boom" aparentemente

Unido, estaban ya descubiertos en aguas escocesas. El argumento económico tomaba un signo inverso: con el petróleo, la separación, lejos de condenar a Escocia a la pobreza, le confería una enorme fuente de ingresos. De inmediato, el SNP buscó un slogan eficaz: "Es



coces. Gracias a la implantación nacionalista a costa de los conservadores, con sólo un 36 por 100 de los votos los laboristas consiguieron 41 de los 71 escaños de Escocia y, de este modo, pudieron constituir una mayoría en los Comunes para seguir gobernando. Pero con el viento del petróleo hinchando las velas nacionalistas —un 9 por 100 de progreso entre febrero y octubre del 74—, esta posición de privilegio no va a ser mantenida y la tenaza se cierra al presionar los conservadores en Inglaterra por un programa unionista contra la devolución. La derrota electoral del Labour a corto plazo parece prácticamente segura y ello explica la orientación escisionista en el sentido de formar un laborismo escocés autónomo, correlato obrero del movimiento burgués encabezado por el SNP. Su liderazgo ha correspondido a dos diputados por Escocia, Jim Sillars y John Robertson, que, tras separarse en diciembre de 1975, dieron vida al Partido Laborista Escocés, cuyo primer congreso se ha celebrado en noviembre último.

Por su parte, tampoco el SNP ha hecho mucho más que capitalizar los errores ajenos y, en los últimos tres años, jugar a fondo la baza propagandística del "petróleo para Escocia" como soporte de una independencia dorada. Los planteamientos generales no van más allá de los que pueden encontrarse en cualquier otro nacionalismo conservador de corte europeo. Todos los males de Escocia provienen, para el SNP, no de los datos tecnológicos o de los mecanismos de dominación capitalista, sino del hecho de ser gobernada desde Londres. Una Escocia independiente no sería socialista, observaría cuidadosamente sus obligaciones respecto al capital exterior y alcanzaría la felicidad mediante el libre juego de unos intereses de clases que pasarían a ser armónicos en el marco de la nacionalidad recuperada y libre. El Estado neutral regido por los nacionalistas se proyecta sobre el horizonte como una esperanza de progreso y de bienestar: "Con un Gobierno escocés —afirmaba el manifiesto electoral de febrero de 1974—, que ejerza un control efectivo sobre el petróleo de Escocia, surgirán enormes oportunidades de empleo mientras que la disponibilidad de capital creará correlativamente en Escocia. Esta riqueza puede y debe ser utilizada en garantizar para siempre la prosperidad, la seguridad y un satisfactorio nivel de vida para todo el pueblo de Escocia" (5). Por otra parte, el SNP no olvida ofrecer toda clase de garantías a las sociedades petrolíferas. Como es usual en este tipo de programas nacionalistas, todo conflicto de clases interno al

(5) Ray Burnett: "Socialists and the SNP", en *The Red Paper on Scotland* (ed. Gordon Brown), Edinburgh, 1975, pág. 114.



El Partido Nacional Escocés (SNP) fundamenta la posible independencia sobre la defensa de la cultura escocesa y el petróleo. En la foto: su dirigente Donald Stewart.

área escocesa resulta olvidado, en beneficio de la aspiración de llegar a ser "ricos escoceses" en lugar de "británicos pobres".

Cuando el Gobierno de Londres hizo público el Libro Blanco de 1975, el SNP se opuso en los Comunes, denunciando su insuficiencia. Propuso como contrapartida una enmienda solicitando que la Asamblea "devuelta" controlase efectivamente el sistema económico: sólo obtuvo 27 votos, y eso gracias al apoyo de los diputados liberales, los dos laboristas escoceses escindidos y un laborista aislado. Pero a continuación, cuando los conservadores presentaron su moción anti-devolucionista, el SNP corrió en apoyo del gobierno Wilson en nombre del mal menor. Y no parece que este comportamiento oportunista vaya a borrarse en el futuro.

### Presión nacionalista y "devolución" ampliada: la actitud de los partidos

En todo caso, y ante la presión del nacionalismo, el Gobierno laborista optó, en el año que acaba de transcurrir, por hacer nuevas concesiones. En la declaración suplementaria presentada al Parlamento en agosto pasado se ofrecían rectificaciones menores, tales como la elevación a 150 del número de representantes en la Asamblea escocesa (antes, 138) o el intento de asociación de los administradores

escoceses a las instancias de decisión sobre política universitaria, radicadas en Londres. También Gales veía pasar sus diputados previstos de 75 a 80. Pero más significativa era la decisión de recortar el predomnio del Parlamento de Londres sobre la Asamblea escocesa, fijando para los posibles "excesos" de la actuación legislativa de esta última el arbitraje del Comité Judicial del Consejo Privado (un poco en la línea de nuestra Constitución de 1931). El Ejecutivo escocés sería designado directamente por su Asamblea, sin intervención del secretario de Estado, y, por fin, la Agencia Escocesa de Desarrollo pasaría a incluirse plenamente en la esfera de atribuciones de la administración autónoma. Tampoco tendría el Gobierno británico la facultad de acordar la recuperación de las facultades devueltas. La tutela de Londres, y la eventualidad de un retroceso en la devolución quedaban así alejadas. En el mismo plano se sitúa el contenido del proyecto de Ley ("Scotland and Wales Bill") presentado a los Comunes a fines del pasado mes de noviembre.

En estos momentos, al abordarse la discusión en la Cámara, no puede decirse que las perspectivas futuras de la "devolución de poderes" aparezcan con claridad. En primer término, por las notables contradicciones en que están encerrados, respecto al tema conservadores y laboristas. Mrs. Thatcher parece dispuesta a jugar la baza del nacionalismo inglés, de cara a las elecciones, dando por sentado el carácter minoritario de su forma-

ción en Escocia, y oponiéndose a la devolución en tanto que amenaza para la unidad del Reino. En particular, los conservadores rechazan la existencia de un poder ejecutivo en Escocia. Pero esta opción ha despertado una fronda de disconformidad en el partido, especialmente, claro es, entre algunos parlamentarios escoceses. Peor están las cosas para el laborismo. Considerados como unionistas desde la perspectiva escocesa y, por tanto, forzados a la defensiva en un terreno que les ha costado ya una escisión y que puede costarles en la próxima consulta muchos de los escaños escoceses de que hoy disfrutan, son vistos desde la perspectiva nacionalista inglesa como agentes del separatismo. La amenaza aquí cambia de signo y se dirige contra los parlamentos laboristas elegidos por Inglaterra, muchos de ellos poco conformes con pagar en sus distritos el coste de la operación devolucionista. Hay, como consecuencia, una notable disyunción entre la dirección del Partido y sus representantes en los Comunes, que puede agudizarse al insistir los conservadores en el tema de la unidad nacional (6). Menos mal que las preocupaciones son para todos. Los nacionalistas escoceses se han encontrado a su vez con el problema de las islas Shetland, favorecidas desde Londres con unos poderes especiales para su Consejo Insular que permite a éste tratar directamente con las compañías petrolíferas y sustraer así los beneficios a Escocia: lógicamente, la mayoría de los dieciocho mil habitantes de las Shetland se oponen a la devolución y declaran preferir la dependencia directa de Londres, e incluso, llegado el caso, la independencia. Su posición clave respecto a los yacimientos obliga a tomar en consideración esta alternativa (ver mapa).

Este juego de factores encontrados puede poner en peligro un ensayo de reforma que, por lo que tiene de marcha atrás respecto a una centralización de poder históricamente constituida frente a unas minorías nacionales, interesa directamente al caso español. Claro que en nuestro Estado el alcance político de la "devolución", en el sentido británico, cercenaría las aspiraciones democráticas de autonomía y autodeterminación de nuestras colectividades nacionales. Pero no por eso deja de ser el proceso británico un excelente campo de experimentación, emborronado sólo por el papel decisivo que en el mismo desempeña el petróleo del Mar del Norte. Incluso a la hora de romper, como tantas veces hicieron los movimientos nacionalistas, el círculo vicioso de un sistema de partidos entregado a la perpetuación de un determinado tipo de sociedad de clases. ■ A. E.

(6) J. G. Kellas: "Reactions to the Devolution White Paper". *Our Changing Scotland*, Edinburgh, 1976, pág. 65.